

ENTREVISTA AUTÓGRAFA

Yamil Omar se mesa —¿se meza, se silla, se reza, se eleva?— la barba, junta las manos, se calla, junta los ojos, se larga: está en Haarlem, en Katmandú, en Bilbao, en Tenerife, en Amsterdam, en Londres, en un poblado del sur de la isla llamado Escalona, y no hay teléfono. Se eleva la barba, pintor. Se escucha, se escuece, se crece: de Tenerife, fue actor antes que fraile y ya no quiere oír hablar de esos sacramentos. Estuvo en Colombia, se entiende. Había ratas alrededor, al principio, cuando ocupaba la habitación sin cama, de madera, no se rinde, y volvió. Su vida, abandonos y resurrecciones, ha sido como es ahora su pintura: el entusiasmo dentro del bolígrafo negro, y esa comprensión anchísima de todas las cosas. Los cuadros de colores de tierra, colores casi iguales siempre, se retuercen. Sus exposiciones, hasta ahora, han sido hitos —¿hatos, hatillos, gritos, gritillos, grillos, grilletes?— verdaderamente importantes, para su vida y para la vida común de la visión. Su tourné —¿de Dios, del diablo, de ambas cosas, de la vida medio muerta, de la muerte medio viva?— comenzó prácticamente en París, y en cada rincón del mundo hay ahora una flecha suya. Allí, cualquier día de estos, estará su pipa, su pantalón, sus manos largas, su barba. El llegará antes. La entrevista, pues, es un autógrafo, porque cuando Yamil Omar habla parece que va el aire adornándose —¿adornándose, pesándose, llenándose de aguardiante, de soledad, de la historia de un hombre solo?— con su pintura.

—...la necesidad de decir cosas, que no haya preguntas, encontrarse ante la no limitación —Yamil dice “la nó”— de los juegos dialécticos, conseguir un tipo de lenguaje que nos lleve a la comunicación, a la comunicación que parta de una manera espontánea, es, tal vez, lo que me mueve a decir en forma de palabras lo que no puedo narrar cuando pinto. Al pintor que se le obliga hablar como pintor, se le exige expresarse pintando.

Lo ves absorto, reparando en la caída de las hojas, de los hombres, sus contornos, el color del mar y el azufre del vino. El calor, este hombre solo.

—...diferencio ante mi soledad dos modos de sumar tiempo a esto que se llama vida, por usar un término cultural. El primer modo, sumar mi vida como pintor que mancha obsesionalmente superficies, y, en segundo lugar, mi vida como hombre que se cepilla los dientes con una pasta dentífrica más o menos eficiente para quitar el mal sabor de boca, o bien me encuentro como un pedazo de muerto que ha quedado entre los dientes durante la ceremonia-rito de la comida. En el primer caso, la naturaleza pintor equis, la vivencia pintor equis, el sufrimiento pintor equis, la necesidad pintor equis, se siente furiosa ante su esperado amanecer y busca ansiosamente superficies para llenarlas de formas que lo hagan sentir como quien logra suspirar llenando de confetis la seguridad del ambiente. Así, como entiendo mi circunstancia ante el medio ambiente, tengo que decir que, como elemento humano, tengo una doble personalidad. Como pintor, en efecto, me sitúo ante mi soledad con gran cordedad, con temor. Sin embargo, en cuanto tomo situación dentro de mi espacio, en el momento en que mi subconsciente vence a lo identificable, al recuerdo, al miedo, la inseguridad va desapareciendo y aparece, evolutivamente, lo casi dominante, y lo abordo sin temor, convencido de que no tengo la partida perdida. Entonces, cuando aparece el deseo de frotar las paredes con pintura, con pinceles, con los dedos, con agua, con golpes, con acrílico, con

detergente..., cuando tomo una pared entre mis manos y me envuelvo con ella dándome calor, color, acrílico, humedad, caricias, pinceles, dolor..., cuando no comprendo qué ocurre dentro, fuera, alrededor, cuando siento necesidad de luchar con las formas es cuando comprendo que sin intentarlo puedo pintar sin comprender lo que mis ojos me han enseñado...

Y notas que dentro, fuera, alrededor de Yamil Omar va creciendo un cuerpo que es suyo y que es ajeno a él y que lo condiciona y lo engrandece: su obra. Una obra que mira como él mira, muy desde el fondo de los cuadros, porque quizá a Yamil Omar no le interesa la mirada que embadurna, sino aquella que penetra y se empapa. La palabra —la obra— aparece entonces como una lección.



—...Creo que en todo hombre habita el recuerdo que lo obliga lealmente a continuar lo aprendido. Luchar desconfiadamente contra lo que otros dan por auténtico. Investigar en lo que otros dicen es algo que ha ocupado gran parte de mi vida.

Silencioso. su pipa. el paso gigante. aprende incluso de lo que él mismo dice, y aprende sobre todo de su silencio, el que precede a ese cuadro generoso y cruel que ya empieza a asomar por las comisuras del lienzo.

—...Como pintor, la anécdota no me interesa en el momento en que tengo necesidad de pintar. En el instante en que mancho superficies planas, en ese instante no predico ni narro ni formo escuelas (!). Sólo caminan las manos sin argumentos que las muevan, sin carteles, sin dogmas, sin ideas que quieran acaparar y ordenar, sin nada que programe lo que hay que hacer. El pintor que parte de su soledad, el pintor que logra olvidar que es pintor, tal vez empieza a recordar que es hombre. Con mayúsculas. El hombre que lucha contra lo que dicen que él "es", quizá comienza a "ser"; cuando se empieza a "ser", tal

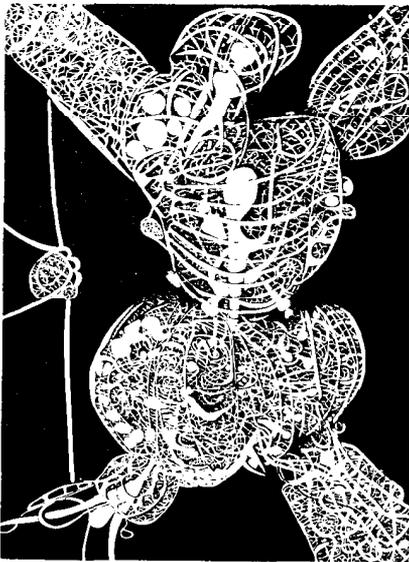
vez se siente la necesidad de ser pintor; cuando se es pintor, se pintan superficies con vivencias; cuando se es pintor y lo manchado no se acepta, se pintan con blanco horas de pintor, y se es hombre; cuando se quiere saber lo que es ser hombre, y no nos conformamos con la definición tradicional ("animal racional; individuo del género humano"), profundizamos en ello largo tiempo: noches sin dormir y el dolor que nos hace sufrir. Corremos a la calle en busca de la contestación que nos ha de llenar de paz, y empezamos a sentirnos dentro de esa jungla de animales, humanos, racionales, individuos que se destrozan como si desde un principio se les hubiera enseñado a odiar. Huyo, vuelvo de mí, vuelvo a mi rincón, y me convierto en un testigo impasible del espectáculo dantesco, pero llevo conmigo las vivencias, esas vivencias que me hacen sentir libre y me traen la necesidad de pintar.

Incansable, lo hallas siempre renovando su densa filosofía, atento a cualquier cosa, amoroso y tierno, con los pájaros, los gatos, los niños, las flores e incluso tierno con las cosas tiernas y con las ratas.

—...Cuando se tiene esa necesidad, cuando tengo esa necesidad, quizá lo único que puede frenarme, y hacerme sentir por ello impotente ante el lienzo, es el miedo a enfrentarme a esa "nada" que me representa ante mí mismo cubierto por una pesadumbre densa, una densa penumbra donde sólo el resplandor del lienzo me va cegando.

Ante Yamil Omar, la conversación sobre la creación pictórica no tiene por qué ser, necesariamente, una conversación sobre los materiales. El proceso de creación de su obra es mucho más interesante que el simple proceso material. Hace recuento de sí mismo, de lo que este pintor sorprendente lleva adentro y en sus alforjas. Las alforjas de un recuerdo visionario y vivísimo.

—Cuando ya no recuerdo lo vivido, cuando mis manos empiezan a moverse nerviosas buscando material, con gran furia, comienzo a moverme como una fiera y dejo caer manchas que llegan sin cesar, empujándose las unas a las otras en busca del puesto que les dé el privilegio de contemplar mis ojos encendidos, transformados, llenos de ternura, dolor, olvido, muerte, amos de las formas que acarician, cubriéndolas con los más suaves barni-



ces transparentes que las protegerán del aire seco, del tiempo que me lleva, de las caricias, de las miradas despreciativas, de los excrementos de los insectos, del vaho desolado que busca brillos donde posarse; después, cuando el tiempo pasado no tiene fecha, comienzo a sentir desprecio por aquello que he cubierto de caricias y abandono; las formas miran

ahora hacia la pared en cualquier rincón de mi estudio. Desolado, me dejo caer en un sillón y empiezo a recordar a gentes que hablan a mi alrededor, luces que me quieren ver por las calles de cualquier lugar. Me siento otra vez solo, tan desamparado, tan muerto, que como una luz de esperanza aparece ese otro ser que comienza a abrir los ojos queriendo participar de esa gran pirotecnia que alarga sus brazos hacia mí como si yo fuera un recién nacido cubriéndome con amor y odio.

Y se vuelve violento, porque la vida está desamparada, y la tenemos al sol, sin hacer caso de sus magulladuras. Es más: nos la han dado magullada.

—...y veo cómo la gente camina sin saber a dónde va, como los ancianos que se refrescan en la pequeña sombra de una cabina telefónica a las doce y media del mediodía, bajo un caluroso sol de verano. La gente va y se queda sin ir, sin preguntarse nada, conformadamente, resignadamente. ¡NO! De antemano sé que todo es inútil, pero tan sólo por ver un poco más de claridad lucho por no resignar mis ojos. ¿Qué ocurre, por ejemplo, con ese anciano que busca la pequeña sombra de la cabina y camina arrastrando sus pies para luego detenerse ante un banco del paseo? ¿Por qué no se sienta ya? ¿Qué espera? ¿Por qué casi sin poder respirar, bajo este sol de trópico, mira hacia el banco buscando un lugar limpio de polvo? ¿Por qué mira su traje con ojos resignados, su traje, el banco, su traje, para luego levantar la cabeza y continuar jadeante por ese largo y caluroso paseo? Me lo puedo imaginar, pero no puedo sentir su temor, sus recuerdos, su impotencia, su inseguridad, su dolor, su muerte delante, su traje limpio, tal vez único, tal vez sin tener quien lo limpie, tal vez teniendo quien no lo quiere hacer. Desprecio, vejez, lo inservible, lo exprimido, seco, reseco por el tiempo, por un espacio que quizá jamás encontró, o bien no supo que hay un espacio que puede hacernos libres por muy poco tiempo, el suficiente para saber que es bello poder sentir la necesidad de huir a nuestro rincón que nos espera con pocas pinturas, muy pocas, las suficientes para amar, acariciar, manchar, sufrir, sonreír, romper, borrar... y sentir cómo mis manos empiezan a moverse nerviosas, buscando colores, soñando con formas, olvidando ancianos, sol, bancos, trajes limpios, sucios, olvidando todo ya...

Como una divisa, Yamil dice: “Morí hombre y fui pintor, vi un resplandor blanco y no recuerdo más”. Y se envuelve en la sábana de la pipa y sigue pintando con toda la pasión que su voz deja adivinar. La voz la han escuchado. El entusiasmo de sus cuadros está en sus dedos y en cualquier momento, en medio de cualquier ambiente, lo podrán notar. Los ojos jamás traicionan.

JUAN CRUZ RUIZ